

GRACIAN TRADUCIDO EN EUROPA

Por Emilio Lorenzo

Conferencia pronunciada en la Fundación
Universitaria Española el día 12 de Marzo
de 1988.

Dos razones: el título, que acaso sea ambicioso, y la presentación que acaba de hacer el Embajador de España don Antonio Garrigues, figura insigne de la cultura y de la política española, me ponen en el trance de no defraudar expectativas inmotivadas. Los que conocen mi trayectoria académica de los últimos 30 años saben que viene marcada por cierto despego, por no decir abandono, de mis aficiones literarias. Y no digo abandono porque nadie que se considere filólogo al estilo antiguo –tal es mi caso– puede prescindir del material literario en que la lengua se manifiesta.

Siempre cabe encontrar un pretexto para eludir una conferencia, ya sea uno agente o paciente en ella. Pero en mi caso había más motivos que los normales para inventar una excusa y soslayar el honroso compromiso contraído libremente con esta Fundación, a saber, que el tema exige más erudición de la que yo puedo aportar y que los problemas de fondo que se ventilan sólo es posible rozarlos o sacarlos a la luz para que algún joven investigador compruebe que ya se dispone de un buen aparato bibliográfico, aunque disperso, susceptible de aprovechamiento para trabajos de mayor envergadura. Esta posibilidad y el hecho de que en las aportaciones bibliográficas, por diversas causas, los gracianistas no se han tenido mutuamente en cuenta, me han decidido a reunir información de variadas fuentes que, a mi juicio, contribuirá a estimular el interés, vivo otra vez, por este aragonés conocido en toda Europa en su día y un tanto olvidado por sus compatriotas hasta hace unos decenios.

¿Y por qué Gracián? ¿Por qué sus traducciones? ¿Por qué en Europa? Merece la pena explicarlo. Creo que la edad ya me permite confesar que, sin mencionar el libre albedrío, cuando uno va por la vida creyendo que decide a diario su destino –y ello es cierto en lo más íntimo– se encuentra, también a diario, con que son otras personas y aconteceres los que deciden por azar muchos de nuestros actos. Y así, yo, que en principio poco tenía que ver con Baltasar Gracián salvo aprender lo que dicen los manuales de literatura, me encontré en 1934 compañero inseparable de Arturo del Hoyo, famoso gracianista y autor de la más elogiada edición de las Obras Completas de Gracián (la segunda en nuestra posguerra)¹; más adelante, en 1940, frecuenté en Munich la casa, en el mismo edificio del Goethe Institut, de Karl Vossler, el gran hispanista que prologó la edición más difundida del *Oráculo manual* en alemán (trad. de Schopenhauer); luego, en Bonn, viví a la sombra de Ernst Rubert Curtius, mi

director, que admiraba entonces la eruditísima edición de *El Crítico*, publicada en Filadelfia por M. Romera Navarro, quien dedicó al jesuita aragonés la mitad de su vida académica; finalmente, con el propio Romera Navarro, que me invitó en 1946, con Carlos Clavería*, a enseñar en la Universidad de Pennsylvania, donde pasé el curso 1947-8. Todavía, de vuelta a España, tuve algo que ver —pura gestión informativa— con la publicación (Madrid 1954) de su edición crítica de la *princeps* del *Oráculo*, cuyo único ejemplar conservado poseía, por generosa y merecida donación, el antiguo profesor de Pennsylvania, entonces de Tejas, en Austin.

Acaso todas estas circunstancias no hubieran bastado, —eran una mera sucesión de anécdotas que apuntaban con insistencia a un autor que para los españoles se mantenía en la penumbra— para canalizar mi interés por el tema de la presente charla, a saber, las traducciones de Gracián a las lenguas europeas. El empujón final vino a darlo, en 1959, el profesor Walton, jefe del Departamento de Español de la universidad de Edimburgo al comentar, en la bella capital escocesa, la resonancia de nuestro aragonés en Europa, sólo superada, en su opinión, por la de Cervantes. Tenía este profesor motivos sobrados para hablar así, pues hacía pocos años —en 1953— había publicado, en texto bilingüe, su traducción del *Oráculo manual*, con abundante bibliografía crítica, aunque sin haber tenido en cuenta, por razones obvias, la citada edición de Romera-Navarro.

Todavía había otro acicate que mantenía vivo mi interés. Tras fundarse en 1953 la Sección de Filología Moderna de la universidad de Madrid fui encargado, al año siguiente, del curso de Historia de la Lengua Alemana" que hoy, tras varios cambios de planes y autoridades, todavía se sigue impartiendo con competencia. Tal encargo significó para mí descubrir, años después de frecuentar las clases del gran historiador de la lengua alemana Adolf Bach, un hecho que merecería más que la breve mención que de él vamos a hacer ahora. Y es que en este mundo de la traducción, que tras la bíblica Babel ha hecho posible la transmisión de la cultura entre los hombres a través del tiempo y de la geografía, España parece destinada a asumir siempre un papel importante. Ya en la primera Edad Media figura San Isidoro de Sevilla como uno de los primeros autores, no clásicos, traducidos a una lengua moderna, el alto alemán antiguo. Y no hace falta subrayar aquí la importancia de la Escuela de Traductores de Toledo en tiempos del Arzobispo Raimundo, primero y de Alfonso X, después, ni la primacía que, según Lapesa, tiene el aragonés entre las lenguas vernáculas² como receptor de los clásicos latinos. Hemos señalado ya en otro lugar el papel histórico que un español de Huete, que se autodenomina Juan de Cuenca, desempeña en la difusión de la literatura inglesa, pues mientras no se demuestre lo contrario [la existencia de esa supuesta versión portuguesa que él mismo menciona —¿o es un mero recurso retórico?—] nos consta que es el autor de la primera traducción del inglés a una lengua extranjera, no un simple documento de Cancillería sino una obra capital de autor que se suele citar en compañía de Chaucer. No es de ese tipo la traducción de Gracián que apuntamos, y una de las primeras versiones del *Oráculo manual*, cuya importancia no radica en su prioridad —ya estaba traducido al italiano, al francés y al inglés— sino en haber sido objeto y tema, conservando el título de la versión francesa, del primer curso anunciado oficialmente en lengua vernácula en una universidad alemana, Leipzig 1687, con el aviso de *Von Nachahmung der Franzosen. Ein Collegium über Gracians Grund-Regeln vernünftig, klug und artig zu leben* que se podría traducir libremente como: "Sobre la galomanía". Cursillo sobre los aforismos de Gracián para saber vivir con prudencia' (*Oráculo* se convierte en *Grundregeln*, que retraducimos como 'aforismos'; es el término usado por Gracián, no *máximas*,

preferido en francés y otras lenguas). Quien así anunciaba su histórico curso [—había precedentes en Basilea, pero en Alemania, si se dio una clase en alemán no tuvo carácter oficial—] era un joven filósofo y jurista, Christian Thomasius, que treinta años más tarde iba a recordar, divertido, el alboroto provocado por su atrevimiento en la ilustre universidad³. No vamos a tratar aquí, ni entra en nuestros propósitos, la repercusión de tal acto en otro u otros filósofos posteriores, como Christian Wolf y Kant, pues éste sería asunto que deben dilucidar los historiadores de la Filosofía como, por ejemplo, el español Emilio Hidalgo-Serna, autor, a mi juicio, de uno de los estudios más documentados y originales sobre las principales aportaciones conceptuales de nuestro aragonés⁴.

Pero el título de nuestra intervención no reza "Gracián comentado" ni "Gracián imitado", sino simplemente "traducido", y al hacer hincapié en este participio es menester consignar aquí que, después de Cervantes y hasta que apareció Cela en el firmamento literario español, es el *Oráculo* sin duda el libro español más traducido en Europa. Y ello no por el hecho de ser Gracián un autor del siglo XVII —en tres siglos se pueden hacer muchas traducciones— sino porque a partir de una producción relativamente reducida —siete títulos, difícilmente comparables con los cientos de Lope o las decenas de Calderón— ya a fines del siglo XVIII su nombre figuraba en versiones varias de las lenguas principales de Europa: francés, italiano, inglés, alemán, neerlandés, sueco, húngaro, polaco, ruso, e incluso el latín (tres ediciones en Alemania y una traducción inédita en Suecia). De una de sus obras, la más famosa fuera de nuestras fronteras —no me refiero al *Criticón*, sino al *Oráculo Manual*—, es muy posible que el número de ediciones y reimpresiones hasta el día de hoy sobrepase el centenar. Aunque en un principio fue la versión francesa de Amelot de la Houssaie la que sirvió de base para muchas otras traducciones europeas y alcanzó, según señala Hidalgo-Serna, veintitrés ediciones entre 1684 y 1765, fueron los alemanes los que, tras un eclipse del interés —como en los demás países, a partir de la Ilustración— de más de un siglo, llevan hoy la iniciativa y mantienen el impulso y la afición desencadenados por la traducción de Schopenhauer, publicada poco después de su muerte y casi treinta años más tarde de haberla ofrecido en vano a los editores. Este resurgimiento de Gracián no se produce sólo en Alemania, donde Schopenhauer, "descubierto" en cierto modo, por los ingleses como señala recientemente su biógrafo Safransky se convierte, poco antes de morir y en parte gracias al éxito de sus *Aforismos*, cuyo nombre e inspiración le vienen un poco de Gracián, en figura famosa, admirado e incluso cortejado por los grandes: Fontane, Wagner, Nietzsche⁵, etc. También se beneficia el público de habla inglesa de este resurgir. Olvidado, tras el mencionado eclipse europeo de casi todas sus obras, desde principios del siglo XVIII —la excepción, de 1776, citada por Hidalgo, no la registra Navarro—, Inglaterra parece haber sido, después de Francia, la primera nación en interesarse por *El Héroe* (1652). La versión francesa de Nicolas Gervaise, de 1645 se titulaba *L'Heros du Laurens Gracian, gentilhomme aragonois*. Hay que decir que este renacimiento del interés por Gracián en Inglaterra, al que se sumaron pronto los Estados Unidos, debe atribuirse en gran parte a la traducción de Schopenhauer, pues es el *Oráculo*, y no las demás obras, el traducido y reeditado. Rompió el silencio la traducción de Joseph Jacobs de 1892 (Londres-Nueva York). Según R. Navarro, hay otras dos traducciones americanas después, aparte de las ocho reimpresiones de Jacobs, en Baltimore y Nueva York. No citan R. Navarro ni Hidalgo-Serna la que a mi juicio constituye la más autorizada versión inglesa del *Oráculo*, la del profesor L.B. Walton, de la universidad de Edimburgo, publicada en 1953, omisión disculpable en

R. Navarro, que debía de tener el original suyo entregado para la imprenta al aparecer el texto bilingüe de Walton, al que hemos de referirnos luego. Esta edición de Romera Navarro, publicada por el C.S.I.C. y mal distribuida, tampoco llegó a las manos de Hidalgo-Serna, tal vez el más activo hoy de todos los estudiosos de Gracián en su aspecto filosófico y, a la vez, de los más documentados sobre su resonancia en Alemania e Italia.

Si nos hemos extendido más en comentar la difusión del *Oráculo* en Europa, descuidando la de las otras obras de Gracián ello se debe, como queda apuntado, a que fué la más traducida e influyente. ¿Qué había pasado con *El Criticón*, *El Héroe*, *El Discreto*, *El Político don Fernando el Católico*, *la Agudeza y Arte de Ingenio* y *El Comulgatorio*. La respuesta va a sorprender a más de un gracianista: el éxito de estas obras en el extranjero no responde a la valoración que de ellas suelen hacer nuestros manuales de historia literaria. Basta repasar el excelente y creo que exhaustivo capítulo de Gonzalo Sobejano "Gracián y la prosa de ideas" (*Historia y Crítica de la Literatura Española*, III. Siglos de Oro: Barroco) para comprobar la validez de nuestro aserto. Reciben en él especial atención los estudios más recientes sobre el gran aragonés, así como algunos más antiguos (falta Borinski, Walton, etc. y no se menciona el prólogo de Vossler a la edición de Körner, escrito en enero de 1942). Lo que quisiéramos destacar aquí, porque tiene mucho que ver con el tema de nuestra intervención, es que, pese al interés despertado hace un par de decenios por los estudios sobre la recepción de la obra literaria, se sigue echando de menos, en lo que respecta a Gracián —y no digamos de otros autores y obras literarias españolas— un estudio serio, para el cual ya está bastante avanzada la recopilación de datos, que nos permita valorar objetivamente, no solo la erudita interpretación de la crítica especializada, sino la acogida dispensada por el público no "enterado" a las grandes figuras y obras maestras "descubiertas" por los profesionales de la apreciación literaria, gremio por el que siento admiración y respeto, pero al que habría que rogar que nos explicara por qué hay tanta discrepancia entre los juicios, sin duda bien meditados, de los críticos y el favor o desvío que la gente dispensa a tales opiniones. Porque si bien se podría pensar que en el caso que estamos considerando la causa de esas discrepancias reside en malas traducciones —y el éxito de la de Schopenhauer parece corroborar esta conjetura— lo cierto es que tampoco hay sintonización cuando el público lee directamente el original sin acudir a intermediarios. Además, téngase en cuenta que los mismos hispanistas que se citan para ponderar el éxito internacional de un autor español pueden, cuando sus obras son verdaderamente meritorias, ser pregoneros de sus excelencias. Pienso al decir esto en su decisiva intervención en la valoración y estimación de Ortega, García Lorca, Galdós o *Clarín*, etc. Sólo así se explica la excelente recepción, —tardía, eso es cierto— de *La Regenta* y algunos títulos de Galdós en Inglaterra y Francia, un siglo después de aparecer en castellano. En el caso de Gracián, que es el que nos interesa, lo verdaderamente notable, repetimos, es la falta de coincidencia en los juicios emitidos sobre el valor absoluto y relativo de sus obras. Para mí, que vivo alejado hace muchos años, como queda dicho, del campo de la literatura, en gran parte decepcionado por los criterios subjetivos tantas veces esgrimidos en la valoración estética —y aquí viene, como cita obligada, el tan socorrido "de gustibus non est disputandum"— estas discrepancias me confirman en ese escepticismo del que busca humildemente guía y sólo encuentra, como respuesta, juicios dispares. Para que no se crea que comparo grandes críticos con analfabetos funcionales (los que saben teóricamente leer, pero no penetran en el significado de los signos), me permito recordar aquí a dos figuras egregias de la crítica literaria:

Menéndez Pelayo y Ernst Robert Curtius, ambos opinando sobre Gracián, y concretamente, sobre la *Agudeza y Arte de Ingenio*. Supongo que en el auditorio habrá más de uno que recuerde el pasaje donde don Marcelino afirma que es el peor de los libros de Gracián –yo no he podido encontrarlo– pero Curtius, que sí recuerda tal juicio, viene a opinar lo contrario: "Gracians Werk ist eine intellektuelle Leistung hohen Ranges" (un logro intelectual de alta categoría). Esto después de afirmar el acierto de Gracián al someter la sumamente ramificada tradición del manierismo a un tratamiento o enfoque sistemático. (Debe recordarse aquí que el estudio de Curtius sobre la *Agudeza* –7 páginas– es sólo un apartado del capítulo 15 –*Manierismus*– de su magna obra *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*)⁶.

Pero las alabanzas de Curtius no acaban ahí. Aunque muchos lo solemos considerar compendio de la crítica literaria más sólida de nuestro siglo, el profesor de Bonn poseía, siquiera fuera en honor de sus predecesores en la cátedra –Diez, Meyer-Lübke– una rigurosa formación lingüística y una curiosidad sin límites por la historia de las palabras. Por eso sabía relacionar *Pointenstil* con *Manierismus*, explicando que "fr. *pointe* (Spitze) ist das französische Äquivalent für die zugespitzte Diktion und Gedankenführung, die bei den Römern durch *acutus* und *acumen* bezeichnet wird". Sólo el italiano y el español conocen la abstracción –Peregrini: *acutezza* (1639) Gracián: *agudeza* (1642)– [Sarmiento, recuerda Curtius, descarta concluyentemente (bündig) la deuda del español al italiano].

Y no está de más –hablando de Curtius y de Gracián– traer aquí el mayor elogio que jamás haya recibido la *Agudeza* fuera de España, donde no todos, por fortuna, coinciden con don Marcelino (Habría que averiguar por qué, igual que con Calderón y los juicios entusiastas de los románticos alemanes, discrepa tanto el crítico santanderino, el de las "nieblas hiperbóreas" de algunas apreciaciones germánicas). Concluyen así las páginas de Curtius sobre Gracián: ¿Qué es la obra de toda una vida (*Lebenswerk*) de un James Joyce sino un gigantesco experimento manierista?... Gracián nos ha dado una *Summa* de la agudeza. Ha sido una proeza nacional. [de esta manera] se integra en un contexto universal la tradición española que va de Marcial a Góngora. Así es como surgió, para usar una certera formulación del *Discreto* "un capacísimo teatro de la antigüedad presente". Quien ame la exuberante originalidad de España, la habrá de admirar también en Gracián (Wer die überschäumende Originalität Spaniens liebt, wird sie auch in Gracian bewundern)⁸.

Pido disculpas por la evidente digresión, que sólo puedo justificar en cuanto que Curtius, como dije al comenzar, mantuvo vivo mi interés por Gracián, y en cuanto que sin haberlo traducido al alemán para el público, que yo sepa, sí lo hizo para su gozo y beneficio personal.

Volvamos, pues, a la obra impresa. Según datos de Hidalgo-Serna, la difusión en España de Gracián no guarda proporción con el interés despertado en el extranjero, sobre todo en Francia y Alemania. Esta afirmación es básicamente cierta, pero aun siendo muy completa su compilación bibliográfica, la ausencia en ella de los copiosos datos que para el *Oráculo* ofrece la mencionada edición de R. Navarro, nos impidió calibrar en toda su importancia el tremendo impacto del *Oráculo* en toda Europa. Sus datos sobre las ediciones en español, cotejados con R. Navarro, parecen correctos, pero con omisiones notables, por no haber tenido en cuenta las ediciones de *Obras* que lo incluyen. Ello da lugar a equívocos, levemente salvados con la expresión de que entre 1725 y 1911 no se imprimió en español ninguna obra suelta de Gracián (aunque sí figura en *Obras* según R. Navarro, entre 1732 y 1733 siete veces, aparte de la de Stuttgart en español, de 1839, la única "suelta" del siglo XIX); al lado de esta parva

producción, por referirnos sólo al *Oráculo*, que no fue su obra más popular en español; (de 35 publicadas hasta 1725 sólo 6 son de él; 4 de ellas en el extranjero) veamos sus traducciones: Según Romera Navarro el total inventariado por él hasta 1954, fecha de su edición, son treinta traducciones en ocho lenguas (hay más, el ruso) y noventa y siete ediciones (ya entonces había muchas más: tres polacas, tres latinas, dos holandesas; pero sobre todo, desde esa fecha se han multiplicado las alemanas y las inglesas; un solo dato, la versión de Schopenhauer se reseña en R. Navarro en diez impresiones, pero Hidalgo-Serna cita, hasta la fecha de su estudio (1985) cuarenta. Por desconocer la traducción inglesa de Walton, que aparte de un erudito comentario contiene la correspondiente bibliografía, omite también algunas de las ediciones mencionadas por el profesor de Edimburgo⁹.

Hay que decir, en honor a la verdad, que ninguno de los libros citados pretende ser una bibliografía completa sobre Gracián traducido (Walton y Romera "ignorán" Curtius). Sin embargo, vistos en conjunto, nos ofrecen el testimonio de la repercusión que vamos buscando de su obra en el continente, excepcional en el caso del *Oráculo* y meramente discreta o decepcionante en las demás obras. El abismo entre la apreciación extranjera y la de sus compatriotas resulta más significativo cuando consideramos los ecos un tanto apagados de su obra maestra, *El Criticón*, que traducido al inglés antes que ninguna otra lengua por un Paul Rychaut, antiguo alumno de Alcalá —pero sólo la 1ª parte— en 1681, no se sabe que haya sido concluida ni reeditada en esa lengua, pese a las conocidas alabanzas de Schopenhauer, que ya en 1818 (*Die Welt als Wille und Vorstellung*) la proclamaba una de las tres más importantes alegorías del mundo (las otras dos: Don Quijote y Gulliver en Liliput). Merece la pena recordar el título de la versión de Rychaut: *The Critick. Written originally in Spanish by Lorenzo Gracián, one of the best wits of Spain*, título que no contribuye mucho a asentar su modesta fama ulterior (Precisamente esa 1ª parte no se publicó en español con el nombre de Lorenzo Gracián, sino con el seudónimo de García de Marlones, anagrama de Gracián Morales, lo que indica que el traductor estaba al tanto del juego de seudónimos. No tuvo mejor suerte *El Criticón* en Alemania, donde hasta 1957 (Hans Studniczka, incompleta) solo se conoce una, la de Caspar Gottschling de 1721, que el mismo Schopenhauer, que lo elogiaba como "eines der liebsten Bücher auf der Welt: ich würde es gern übersetzen, wenn dazu ein Verleger zu finden wäre", no se molesta siquiera en juzgarla, como hizo con las traducciones del *Oráculo* que precedieron a la suya; también hay traducción francesa de *El Criticón*, según Hidalgo, que Walton desconoce¹⁰. La excepción es Italia, donde el impacto de Gracián, salvo el *Oráculo*, fue más bien leve: hay ya una versión de 1695 que fue reeditada seis veces.

En cuanto a la *Agudeza y Arte de Ingenio*, la cuestión que suscita no es la de su difusión fuera de España, sino la de valoración de sus méritos absolutos. Ya hemos señalado la discrepancia de juicios entre Menéndez Pelayo y Curtius, cuya opinión, naturalmente, no influye de manera decisiva en los posibles lectores extranjeros, pero sin atribuir al profesor británico Walton mayor autoridad que a las dos citadas lumbreras de la crítica, acaso nos dé la clave del fracaso europeo de la obra, al decir que ésta (la *Agudeza*) es fundamento de su fama de conceptista y culterano ("those often perverse forms of literary style so popular in Spain") y resaltar "the curious fact that, while the *Oraculo manual*, so highly praised by Schopenhauer, has been neglected by the majority of Gracián's critics, the *Agudeza* was for long generally regarded as his only title to fame, or, perhaps we should say, infamy"¹¹. Esta detonante descalificación, que Walton justifica en pormenor en otro lugar, explica, creemos, el

desinterés europeo por la obra. En Francia, donde está traducido todo Gracián, la excepción era precisamente la *Agudeza*, inédita hasta 1983 –ayer, como si dijéramos– cuando apareció en dos versiones diferentes (¿influjo tardío de Curtius?). Tampoco hay, al parecer, traducción ninguna en inglés, ni en alemán, ni en italiano, por solo citar las lenguas que más favorecieron la difusión del jesuita aragonés. En suma, sin leer a Menéndez Pelayo, los europeos parece que le están dando la razón.

¿Y qué se puede decir de los traductores? En general, alabanzas. Gracián, no es menester subrayarlo, es un escritor difícil, como Góngora, mas no oscuro. Parte del desinterés de los españoles es imputable, sin duda a esta dificultad. Dice Vossler¹², y lo corroboran muchos estudiantes, que el *Oráculo* lo entienden, gracias a Schopenhauer, mejor los alemanes que los españoles de cualquier época, y a mi juicio no le falta razón, pero hay que reconocer que existen muchos hispanistas que no encuentran obstáculos en su lectura. La explicación habría que buscarla en lo que para el español, incluso con notas, (cfr. las 3000 de R. Navarro) resulta insuperable, a saber, la sutileza y novedad de algunos conceptos (y no sólo los así designados por el propio autor). Una de las objeciones mayores que hace Hidalgo a la traducción de Schopenhauer es no haber entendido rectamente lo que para él (Hidalgo) y para Gracián significaba *ingenio*, frente a *genio*. Y es que *ingenio* es la palabra clave en la aproximación de nuestro joven filósofo a la "filosofía" del aragonés; su estudio lleva en el título el revelador hispanismo *ingeniöse*. Como se sabe, *Genio* y *Ingenio* (sic) es el encabezamiento o lema del aforismo 2. Sch. traduce *Herz und Kopf* y se gana la condena del investigador español, que tampoco acepta los argumentos del primer biógrafo serio de Gracián, el francés Adolphe Coster (*Revue Hispanique*, 1913), quien, al enfrentarse con el título del primer capítulo de *El Discreto* (Hidalgo, p. 41), que lleva el del aforismo –*Genio y Ingenio*– comenta: "En réalité, ce chapitre doit son existence au jeu de mots entre *genio* et *ingenio*, que no diffèrent que par une syllabe". El problema para el traductor, como se ve, no es ni de sintaxis –oraciones breves, yuxtapuestas, poco barrocas en la forma– ni de vocabulario insólito (cf. los coloquialismos de un Delibes o un Cela en la prosa de hoy) sino de carga conceptual de unas cuantas palabras-clave. Aparte de *genio* / *ingenio*, que no se presentan como una dicotomía, pues pertenecen a esferas distintas del conocimiento, entran en juego sutilezas y juegos de palabras que desesperan al traductor, el cual se ve obligado a explicar más que a traducir. Gran parte del éxito del *Oráculo* en Europa se debe a la versión –famosa por lo reeditada– de Amelot de la Houssaie (1684), que ya el año antes había publicado su traducción de *El príncipe*, de Maquiavelo. Esta parece haber sido la base de todas las demás del *Oráculo* en Europa, en unos casos confesada, en otros fácilmente rastreable por el discutible título usado por Amelot, *L'Homme de Cour*, repetido en francés, con añadidos, en las primeras traducciones alemanas (...*oder Balthasar Gracians Vollkommer Staat –und Weltweise*, Leipzig, 1686, trad. Kromeyer; ...*oder die heutige politische Welt– und Staatsweise* tr. Sauter, Frankfurt-Leipzig, 1687 (cualquiera de los dos pudo servir de texto ese mismo año, en la famosa conferencia o lección de Thomasius, ya citada. Una de las trece traducciones alemanas –¿quién tuvo tantos traductores en una lengua?– lleva el título en italiano, *Uomo di corte oder kluger Hof- und Weltmann*, 1723; La primera traducción inglesa también delata la fuente de Amelot, *The Courtiers Manual Oracle*, lo mismo que la más reeditada de las italianas, la de Francesco Tosques, de la cual enumera Romera Navarro diez ediciones en el siglo XVIII y una en 1698; pero hubo otra, anterior a todas las extranjeras, ya en 1669, anónima, con el título de *Oracolo manuale e Arte di Prudenza*, con diez ediciones más distanciadas y una final en que se rinde tributo al título de

Tosques con uno ya clásico en Europa, *Il libro del Cortegiano*, recordando a Castiglione, *Homo aulicus* en las versiones latinas citadas.

Señala Walton también que en la traducción de la I parte de *El Criticón*, la única conocida en inglés, Rycout, enfrentado con una obra "especially remarkable for its obscurity" —recuérdese Gongora, "poeta oscuro"— se limita a hacer "poco más que una paráfrasis defectuosa". El profesor británico admite honradamente haberse desviado del sentido exacto del original, sobre todo cuando se trata de nombres abstractos españoles, que prefiere verter con un nombre común: así, a *sagacidad* la convierte en "a sagacious person". Confiesa también que prefiere traducir por presente lo que en Gracián es perfecto o futuro. Creo que en esto Walton se equivoca, como puede comprobar quien coteje su traducción con el original; cierto es que el presente domina la traducción, pero ya ocurre así en castellano. Me parece también que, deseoso de aclarar al lector inglés el estilo alambicado —por destilado y por sutil— de Gracián, que él prefiere llamar "taquigrafía mental" (*mental shorthand*) tiene que acudir a menudo al circunloquio o a la glosa para explicar las libertades que se toma como en el caso de juegos de palabras que él califica de "rather devastating puns" y de términos o frases de doble sentido; así el uso de *pecho* en una oración con el valor normal y el ya anticuado de 'tributo'; su versión, y el volumen de la editorial Dent & Sons en que aparece, son fruto de laboriosa y concienzuda dedicación en que se elogia discretamente la traducción previa de Joseph Jacobs (1892), que debía bastante, aunque Walton delicadamente parezca ignorarlo, a Schopenhauer. ¿Y el filósofo alemán? Ya hemos comentado recientemente en la prensa, el día de su centenario, los méritos indudables de su traducción, calificada por Karl Borinski "treue und sorgfältige Verdeutschung des spanischen Originals". No está enteramente de acuerdo con este juicio el hispanista francés Morel-Fatio, que ya le dedicó en 1909-10 un artículo ("Gracián interpreté par Schopenhauer") donde, tras reconocer que el filósofo de Danzig es quien ofrece, entre todos los traductores "l'image la plus fidèle" señala también los frecuentes errores en que Schopenhauer incurría y lamenta que trate a Amelot de la Houssaie "avec un dédain tout-à-fait injuste". Debe decirse aquí que dentro de la desenvoltura bibliográfica con que parecen actuar algunos gracionistas, es Morel-Fatio el más disculpable de todos, pues advierte que las ediciones de Madrid y Amsterdam nunca han sido cotejadas y se acumulan las erratas de una y otra. Por lo que se ve, nadie, salvo Romera, parece haber conocido la edición *princeps* de Huesca, 1647, que aclararía más de una duda.

No vamos a entrar en el análisis de las traducciones, que daría materia para más de una tesis doctoral. Basta consignar aquí que otra de las palabras-clave debidas a Gracián es el *buen gusto*, intuición atribuida por Thomasius al francés *bon goût* y con antecedentes menos precisos, según Menendez Pidal, ya en Isabel la Católica¹⁴. También entran en el patrimonio lexico-conceptual de Gracián términos como *concepto*, que resulta obvio y como *agudeza* (*de perspicacia*), todos bien analizados por Hidalgo.

No hay, en general, intención deliberada, a mi parecer, de conservar, en la traducción, primores de estilo ni de imitar todos los recursos de la retórica de que a veces hace gala nuestro autor: antítesis, aliteraciones, elipsis, metáforas, fórmulas rimadas. A veces, si no alteran la norma de la lengua terminal, se aprovechan; otras se descartan. Es curioso que en las lenguas germánicas, donde la aliteración o *Stabreim* es innata en la poesía, se ha prescindido, por lo general, de este recurso cuando Gracián lo utiliza. El inglés, en el caso del *Oráculo*, se muestra menos reacio: *fortuna* y *fama* se calcan literalmente en *fortune and fame*, y además se aprovecha la *f* para

añadir acto seguido *fickle, first y former*. De la misma manera, la combinación de rima y aliteración *milicia/malicia* da paso en inglés a cuatro palabras aliteradas: *Man's life is a manoeuvre against the malice of men*¹⁵. Schopenhauer no parece contrario, en cambio, a conservar la rima, sobre todo cuando se contraponen conceptos diferenciados por un prefijo privativo: *dicha: desdicha* da *Glück / Unglück*, como *prudencia / imprudencia*, otro de los conceptos clave se convierten en *Klugheit, / Unklugheit*¹⁶.

Para no abusar de su paciencia cito para terminar el ejemplo de aliteración forzada que aparece en el último aforismo; el traductor no puede soslayarlo, a menos de falsear el propósito del autor. Dice Gracián "Tres eses hacen dichoso: santo, sano y sabio"; fácil para Amelot: "Trois S le font heureux, la Santé, la Sagesse, la Sainteté"; Jacobs cambia la consonante, pero renuncia, como el francés, al adjetivo: "Three HHH's make a man happy, Health, Holiness and a Headpiece; Schopenhauer esquivo la dificultad con tres abstractos de sufijo común, mas dejando testimonio de la aliteración española: "Drei Dinge, welche im Spanischen mit einem S anfangen, machen glücklich: Heiligkeit, Gesundheit und Weisheit". El premio se lo merece Walton, quien conserva la S y respeta los adjetivos: Saintly, Sound and Sensible.

Para concluir, traduzco libremente de Schopenhauer y así le doy la razón a mi maestro Karl Vossler: Aforismo 253 "No pronunciar una conferencia demasiado clara (esto parece anticipar a don Eugenio d'Ors); la mayoría no estima lo que comprende bien, pero venera lo que no es capaz de entender. Para que las cosas se aprecien, deben costar trabajo". Y aquí he de declarar que nunca en mi vida he seguido el consejo gracianesco. Aun a riesgo de que no se me estime tanto –los que me conocen saben que soy más profesor que conferenciante profesional– he intentado en esta excursión literaria, y perdónenme si no lo he logrado, hacerme entender. Para los que creen en la máxima de nuestro aragonés, ahí va el original: "No allanarse sobrado en el concepto. Los más no estiman lo que entienden, y lo que no perciben lo veneran. Las cosas, para que se estimen, han de costar".

En cuanto a este segundo punto, sí he cumplido con la recomendación. Trabajo sí me ha costado salirme de mis aficiones habituales. Gracias.

NOTAS:

(*) También interesado en Gracián. Cfr. "Nota sobre Gracián en Suecia" *Hispanic Review*, XLIX (1951), 341-346.

(1) Madrid. Aguilar. 1960. Antes había publicado una edición del *Oráculo. Madrid. 1948. La primera edición de Obras Completas* aludida es la de E. Correa Calderón. Aguilar. Madrid. 1944.

(2) E. Lorenzo, "La primera traducción del inglés", *Actas de las I Jornadas de Historia de la Traducción; Universidad de León-febrero 1987. León [1988] págs. 354-367. La obra traducida es la Confessio Amanius, de Gower.*

(3) Mi primera noticia procedía del capítulo dedicado a la lengua alemana de la época por August Langen en el vol. I de la obra de W. Stammler, *Deutsche Philologie im Aufriß*. Berlín. Erich Schmidt Verlag. 1972. p. 1014.

He aquí sus palabras: Tras admitir que ya en el siglo XVI se habían dado ocasionalmente clases en alemán en universidades alemanas (y en Suiza de manera más permanente) todos estos intentos "blieben ohne durchschlagende Wirkung" (quedaron sin efectos decisivos); Y añade: So bedeutet des Thomasius deutschsprachige Vorlesungsankündigung 1687 in Leipzig... in der Geschichte unserer Sprache eine gewichtige Tat" (Así, el anuncio de unas lecciones en alemán por Thomasius... es un hecho importante en la historia de nuestra lengua). Pero hay además una reminiscencia, treinta años más tarde, citada también por Langen, donde Thomasius es más categórico y merece la pena recordar sus palabras en la vacilante

ortografía de la época: "Als ich für [vor] ohngefähr dreyssig Jahren... ein teutsch Programma in Leipzig an das schwartze Bret anschlug, in welchem ich andeutete, dass ich über des Gracian's *Homme de cour* lesen wolte, was ware da nicht für ein entsetzliches lamentiren. Denkt doch! Ein teutsch Programma an das lateinisch schwartze Bret der löbl [lichen] Universität..." (libremente y condensado: Cuando hace unos treinta años anuncié en alemán en el tablón de avisos que pensaba hablar sobre el Oráculo de Gracián, ¡qué lamentaciones! ¡Imaginense! Un programa alemán en el tablón latino de la ilustre universidad...!)

(4) Emilio Hidalgo-Serna, *Das ingeniose Denken bei Baltasar Gracián*. Der "concepto" und seine logische Funktion; Wilhelm Fink Verlag. München. 1985. Debo el conocimiento y la consulta utilísima de esta obra a Pedro Laín Entralgo.

(5) El influjo sobre Nietzsche, apuntado ya por Azorín en 1902, parece hoy probado, tras alguna polémica. Gracias a Rafael Lapesa he podido consultar su ejemplar del libro de A. Rouveyre, *El español Baltasar Gracián y Federico Nietzsche* con Dos Apéndices de Víctor Bouillier. Madrid. Ediciones Biblos. s.a. [¿1930?]. El segundo apéndice se había publicado en francés en 1926. Hidalgo parece desconocer esta traducción española de los dos gracianistas franceses. En dicho 2º apéndice se citan pasajes de la correspondencia y de fragmentos póstumos de Nietzsche que prueban mayor conocimiento de Gracián del supuesto. En su biblioteca había, además, un ejemplar de la primera edición de la versión de Schopenhauer.

(6) Citamos por la primera edición. Francke. Berna. 1948, págs. 295-303.

(7) Recuerdo una vez, paseando por el *Hofgarten* de Bonn su perplejidad ante la evolución hispánica de lat. *dicta* a *dicha* 'felicidad'. A mí no se me ocurrió entonces, ni se me ocurre ahora —caso esté ya satisfactoriamente explicado— otra observación, la de no aclaración, que relacionar aquel cambio con el de *dechado*, de *dictado*, aunque aquí sí vale la idea de modelo o ejemplo dictado para ser imitado. También, germanista incipiente y alumno de Bach, como queda dicho, aventuré el paralelo del alemán *dichten* 'componer' y *Dichtung* 'poesía, literatura' (lat. *dictare*) que no pareció convencerle; además le llamaba la atención el uso de *obsequio* en español, que en su forma latina significaba 'servicio fúnebre' como todavía en francés.

(8) E. R. Curtius, op. cit., págs. 302-3.

(9) Me consta que una joven profesora de Inglés está completando la bibliografía inglesa de Gracián: Carmina Buesa Gómez ya dio cuenta de su trabajo en un congreso de AEDEAN, pero ignoro si lo ha publicado.

(10) A. Rouveyre, op. cit., p. 157, menciona una traducción de la primera parte con el título de *L'Homme detrompé*, debida a Maunory, en 1696, y otra traducción completa en tres volúmenes, publicada en La Haya, en 1725, cuya primera parte es la traducción de Maunory, y las otras dos anónimas.

(11) Baltasar Gracián, *The Oracle. A Manual of the Art of Discretion...* The Spanish text and a new English translation with critical introduction and notes / by L. B. Walton M.A.; B. Litt. / Head of the Department of Hispanic Studies in the University of Edinburgh. London. J. M. Dent & Sons Ltd. 1953, p. 13.

(12) En la introducción (*Einleitung*), fechada el 4 de enero de 1942, a la edición del texto trad. por Schopenhauer, de la Kröner Verlag. Cito por la reimpresión 12. Stuttgart. 1978: "In der Tat, dürfte der deutsche Text für deutsche Leser heutzutage leichter laufen als für spanische Leser jemals der spanische", p. XV.

(13) Ya criticado en su día por el jesuita Courbeville, que hizo, por su parte una nueva versión con el nombre de *Maximes*, aparte de su traducción de *El discreto* en 1723 (*L'Homme Universel*) y de *El héroe* (1725), según A. Rouveyre. También a Schopenhauer le pareció mal el título, al que califica de equivocado (*falsch*).

(14) Cf. "El lenguaje del siglo XVI", en el volumen *La lengua de Cristóbal Colón*. Colección Austral. Espasa-Calpe, 1942. La cita de M. Pidal reza: "Solía decir la Reina Isabel que 'el que tenía buen gusto llevaba carta de recomendación'... y en este dicho de la Reina vemos... por primera vez... esa afortunada traslación... para indicar la no aprendida facultad selectiva que sabe atinar, lo mismo en el hacer que en el decir, con los modales más agradables... La expresión... ya la usa el Ariosto, quizá tomada del español. Al menos Bernardo Trevisano la atribuye a los españoles" (Cita la frase, que también repite Hidalgo sobre "questo laconismo facondo: buon gusto") pág. 64.

(15) La aliteración más conspicua de Gracián, si no me equivoco, es la del aforismo 237 —seis palabras seguidas—. Tanto en inglés como en alemán se pierde. Dice Gracián: "pensará partir peras y partirá piedras; perecieron muchos de confidentes..."

(16) También puede aparecer en Schopenhauer una rima inmotivada por el original: En afor. 263 o pone *Genuss* a *Verdruss* (Gracián: *fruición/enfado*).

Un tropiezo que no salva el lector español ni el alemán y ya hemos comentado (*ABC*, 22-II-88) es el uso de *malilla* en el aforismo 85. Romera aporta una larga nota, como Walton en la edición inglesa. Todos, incluido Morel-Fatio, en su comentario de la versión de Schopenhauer se apoyan en el

Vocabolario de Franciosini. Aunque Schopenhauer y Jacobs usan la forma francesa *Manille* (*Nicht die Manille sein*; *Do not play Manille* (sic); Amelot la omite (*Ne se point prodiguer*) en una mala traducción. La nota *explicativa de Schopenhauer* no ayuda mucho al lector ("*Ausdruck aus dem L'Hombre-Spiel*"); el cual ha de acudir a un diccionario francés, que le remite al esp. *malilla*, de varios significados, el más probable la acepción cuatro; cuarta del DRAE 'comodín'.